

EL CRISTIANISMO ¿OPIO DEL PUEBLO?

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

La religión, en algún momento, ha podido ser el opio del pueblo. O porque era el único lenitivo a las injusticias y miserias de la clase obrera o, lo que es peor, porque era utilizada hábilmente como un medio de pervivencia por los privilegiados de la sociedad. La religión les servía como instrumento de orden para perdurar la injusticia establecida, que a ellos beneficiaba. Así un gran dirigente político de la derecha, como Maurras, que atrajo a bastantes católicos, pudo decir hace años que, aunque no se creyera en la Iglesia católica, había que defenderla, pues era un elemento necesario para mantener el orden en nuestra sociedad conservadora, meta e ideal de su política, y la de tantos católicos engañados por su conformismo social.

Sin embargo, esa no ha sido la enseñanza básica del cristianismo. Desde los primeros discípulos de los Apóstoles, pasando por los Santos Padres de los diez primeros siglos, y llegando a tantos pensadores que propugnaron un drástico cambio en el concepto romano de la propiedad privada, siempre ha existido una corriente social en la Iglesia, más o menos manifiesta.

Lo que ocurre es que el siglo XIX, con su injusto liberalismo económico y su capitalismo egoísta, ha impedido ver claro en la historia del pensamiento cristiano.

Un teólogo —por otro lado estimable—, como el Padre Vermeersch, S. J., llegó a decir —influido por esa mentalidad capitalista del siglo pasado— que era peligroso seguir las doctrinas sobre la propiedad de Santos Padres como San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y tantos otros avanzados del pensamiento cristiano, deudores sólo del Evangelio, y no de teorías más paganas que cristianas, como le pasó a este sesudo moralista.

En realidad, cuando los primeros cristianos se sentían obligados por coherencia con su propia fe, llena de amor a los hombres, a poner todas sus cosas en común (como hizo la primera comunidad de Jerusalén) daban un ejemplo para todos los tiempos.

Sin duda, no acertaron técnicamente al organizar ingenuamente el régimen de su propiedad. Pero lo importante fue que su cristianismo les llevó —acertada o desacertadamente— a hacerlo. Sólo el egoísmo suficiente de tantos privilegiados que han expuesto, deformándolo con presunción insuperable, el mensaje cristiano, son quienes han podido somerir del fracaso económico de aquellos pioneros del cristianismo. Su comodidad aburguesada —de pensamiento y de costumbres— les llevó a pasar por alto lo esencial: el sentido social del cristianismo de aquellos hombres creyentes en el amor.

Un pensador cristiano H. C. Link —citado con aprobación por el "avanzado" padre Congar— dice: "Cristo no fue un reformador social, sino un reformador del hombre".

Y, sin embargo, pese al padre Congar, O. P., no se ha podido decir nunca frase más ambigua —y por tanto, rechazable— como la que, con tanta alabanza, cita ese importante pensador dominico. Porque de ese confusioñismo deriva el impacto negativo que ha sufrido el cristianismo en muchos cristianos, para no hacer nada decisivo en sus vidas por la transformación del mundo. De ser realmente consecuentes con esa frase, sólo como hombres profanos —y no como seguidores de Jesús—, se podían sentir los cristianos llamados a la reforma de la estructura social, porque su fundador —según esa idea— no fue ningún reformador de la sociedad, ni pudo ser germen, por tanto, de ninguna reforma de la misma. Como, por otra parte, el paganismo penetró con su influencia egoísta en los católicos, nada intentaron éstos, encontrándose así totalmente paralizados, a partir del comienzo del cristianismo, sin coraje suficiente para emprender ninguna revolución social. Esa es la tragedia de varios siglos de catolicismo socialmente ineficaz, por la confusión de principio que anidó en nuestras mentes.

Pero hoy somos más perspicaces para comprender no sólo ese gran mal del egoísmo pagano, sino el que toda la mentalidad greco-latina, hecha de abstractas distinciones y separaciones irreales, ha producido en el Occidente cristiano. De tal modo que hasta algunas elementales enseñanzas del Evangelio se nos han escapado en la Iglesia latina, a diferencia de lo que ocurrió con aquellos grandes pensadores cristianos de los diez siglos primeros, que supieron inquietar profundamente la conciencia de los cristianos de su tiempo. Lástima que —por esas dos causas— tampoco estos cristianos llevaron a sus últimas consecuencias prácticas los principios que les exponían los dirigentes católicos de entonces. ¿Se da uno cuenta del cambio que hubiera dado el curso de la Historia, de haber sido los cristianos entonces más conscientes de ese factor social, esencial al cristianismo?

Jesús pidió, desde el primer momento, a sus seguidores la "metanoia", como primer paso hacia la fe. Pero este "cambio de mente" (Ricciotti) no hay que concebirlo —como hemos hecho demasiadas veces— como algo puramente intelectual. El hebreo tenía un concepto integral del ser humano, en el cual alma y cuerpo, materia y espíritu, pensamiento y acción, idea y práctica se unían en una especie de "praxis" social, que es lo mejor de lo que el pensamiento de Marx descubrió, al criticar al aséptico y occidental ateo materialista que fue Feuerbach. Si hasta el siglo XIX —en la influencia nefasta que la intelectualidad de Occidente produjo en el pensamiento cristiano— nos hemos dedicado a elucubrar, distinguir y clasificar, jugando irresponsablemente con las ideas, hora es de que nos demos cuenta, como el genial pensador católico Blondel ya hizo, de esa "praxis",

y que a pesar de ello fue limpiamente ortodoxo, pese a quienes sólo pensaban en procurar su condenación. El fue quien supo ver que la especulación y la acción se unen en una mutua implicación, que rechaza definitivamente a las cuevas del ostracismo a quienes sólo piensan, encerrados en su laboratorio mental, sin comprometerse en nada por lo que inquieta a los hombres de hoy; ni en laborar por su mejoramiento social. La filosofía con el cristianismo debió empezar un nuevo camino: el de ser transformadora del mundo. Porque la "mentalidad" que se le pedía cambiar al cristiano para serlo, no era para el hebreo que escuchaba este mensaje, sólo la inteligencia pura, sino el hombre completo unido estrechamente en cuerpo y alma; materia elevada a una nueva calidad, como se aprecia en aquella imagen popular del Génesis, en la que el Dios Yavé insufla —como un prodigioso alfarero— el barro, dándole un hilito de vida. "No hay una heterogeneidad radical entre pensamiento y acción...; el círculo debe cerrarse yendo del pensamiento a la práctica, y volviendo de la práctica al pensamiento" (M. Blondel).

Ese cambio de mentalidad que inaugura el cristianismo, poniéndolo como centro de su religión de amor a los demás, no debió dejar de ser social, si había de ser integral, y activo y práctico por tanto también. Jesús, su Fundador, puso las bases más eficaces de una auténtica revolución social; pero sus seguidores no le comprendieron muchas veces, y así hemos hecho los cristianos esa raquítica figura, en la historia de los cambios humanos, olvidando que debía aplicarse sobre todo a lo social, lo que el sabio Berthelot aplicaba incluso a la ciencia: "lo que no actúa, no existe". El hombre es un ser radicalmente social, y el cristiano debía serlo más que ninguno.

CUANDO se cita a los Papas normalmente se buscan los aspectos más negativos y limitadores de sus enseñanzas. Al menos eso es lo que han hecho, en buena parte, muchos de los especialistas en la doctrina social de la Iglesia, hasta hace poco.

Pero en Pio XII —si hubieran sido más perspicaces y menos influidos por sus propios prejuicios— hubiesen encontrado base suficiente para comprender la exigencia social tan profunda y radical —y no llena de matices y moderaciones—, que pide el cristianismo a los cristianos. Sólo el hecho de que una Iglesia como la católica, demasiado aséptica a veces en lo concreto, haya proclamado, desde León XIII para acá, una doctrina social como elemento básico de su mensaje religioso, debía haber nos hecho reflexionar un poco más a los católicos, seamos o no especialistas en sociología.

La revolución que predica el cristianismo no es una exigencia puramente personal, de carácter intelectual o privado; sino de cambio de estructuras sociales, que es en lo que consiste toda auténtica revolución. No nos engañemos aceptando equivocadamente como si fuese revolución sólo la simple algarada, o la violencia guerrera de civiles o militares que se hacen con el poder. Eso todavía no es revolución, por más que se diga: la revolución es el cambio de las estructuras injustas de la sociedad; el cambio radical que hoy —si seguimos sus aceleradas transformaciones, como pide el Concilio— requiere el mundo.

La Iglesia "no pretende mantener pura y simplemente el estado actual de las cosas, como si en él viera la expresión de la voluntad divina", dijo el Papa Pacelli. Y "no es sólo el estado social de los obreros y obreras lo que pide rehacerse y reformarse, sino la estructura compleja de la sociedad toda ella tiene necesidad de rectificación y mejora, puesto que se halla en su conjunto desquiciada" (Pío XII, 13 junio 1943). O aquel pregón que lanzó hace quince años diciendo que "es el mundo lo que es preciso rehacer desde sus cimientos, convirtiéndolo de salvaje en humano, y de humano en divino".

Lo de menos es el nombre, porque a veces la Iglesia —a pesar de haber aprobado regímenes que hacían de la revolución transformante de estructuras sociales su cometido, fuesen o no eficaces— se ha mostrado, sin embargo, reticente con la palabra. Pero, en algunas ocasiones, no ha **SIGUE**



Este salón «Etoile» está expuesto en los Concesionarios Airborne-Maga de su ciudad.

Airborne-Maga incorpora el "pleno confort" a la línea baja de sus nuevos salones.



Los niños están dormidos...

Una mirada distraída en televisión, otra en Triunfo, esperando a sus invitados, en "pleno confort", en su Airborne-Maga.

Pero, ya están aquí: el reposa-cabezas se escamotea en el respaldo, el asiento se endereza, el pouf se baja. Su "Relax-air" vuelve a ser un sillón como antes. Lo reconocerá arriba a la derecha.

Para recibir a sus amigos, el salón queda en orden. Elegante e íntimo.

Por la noche, el sofá se transforma, a su vez, en una gran cama mullida. Pero esto ya lo sabían ustedes...



EL CRISTIANISMO ¿OPIO DEL PUEBLO?

tenido inconveniente —¿y cómo podría oponerse a ello?— en aceptar de hecho una radical reforma de la estructura de la sociedad. Así monseñor Guerry ha podido decir que "no creamos que se trata de hacer simples retoques y reformas parciales, que no vayan hasta la raíz del mal; la doctrina social de la Iglesia intenta, por el contrario, una verdadera transformación, tanto de la sociedad en su compleja estructura, como del sistema social y de la economía social, que tiende a una renovación radical, y no sólo en las instituciones, sino en los espíritus, las conciencias y los corazones". Hay que aspirar —a pesar de las reticencias que tuvo Pío XII en emplear la palabra revolución— "a un orden nuevo", como él dijo. A "una era nueva, para la renovación y reorganización total del mundo". A "una profunda y sólida reconstrucción de la sociedad". A "un mundo nuevo, a un mundo mejor ordenado en su estructura jurídica; a un mundo más equitativo, más sano, en el que los hombres se dediquen a suprimir las injusticias, y a investigar y buscar los motivos que pueden acercar fraternalmente a los hombres, y no las razones de discordia y de rencor".

Si en algún momento parece inclinarse la Iglesia a la moderación, no podemos dejar de leer sus documentos con perspicacia para comprender que estamos hoy más cerca de la inquietud de Pío XII, durante la guerra mundial y postguerra; que de la sola evolución social que propugnó Pío XI, o después hizo Juan XXIII con exceso de optimismo. ¿Antepondremos siempre las circunstancias moderadoras, a los principios transformadores?

Guste o no guste la palabra revolución, hemos pasado de la religión vista como el opio del pueblo, a la religión que pide una verdadera revolución no-violenta de la sociedad. No es partidaria la Iglesia, en su enseñanza, de los hechos de violencia física; es más, su doctrina oficial es absolutamente contraria a ella, aunque algunas veces haya sido débil en aplicarla. Pero el hecho de pedir la no-violencia, no quiere decir que deba propugnar siempre el cristiano los paños calientes en la solución de los problemas sociales. Debemos aceptar —dejando a lado suspicacias verbales— el sentido profundo de la palabra revolución, no como simple cambio de gobernantes, o de gobierno, sea o no por la violencia física; sino la radical transformación de las estructuras, y de las instituciones de la sociedad de Occidente —que es la que menos cambio ha sufrido— para alcanzar una positiva y nueva justicia social en el futuro.

A quienes debemos escuchar es a los grandes hombres de Iglesia, que viven inquietamente los problemas de los hombres, y no a los medrosos teorizantes de la doctrina social de la Iglesia. A esos valientes arzobispos como monseñor Helder Camara, el prelado brasileño, que no tiene inconveniente en predicar la verdad social del cristianismo, aunque no guste a la reacción, ya esté en los dirigentes políticos o financieros, o incluso en el propio gobierno de su país.

Y contesta con sus atinadas palabras a aquellas personas que aparentan escandalizarse porque se combate la caridad que es solamente limosnera. Pero esto es lo mismo que pasa en "América latina —según este Obispo—, donde hay tendencia a considerar como un santo a quien hace caridad; y comunista y subversivo al que pretende despertar la conciencia del continente, para incitarle a salir del viejo carril por el que marcha".

La confusión de estas bienintencionadas, pero cómodas personas, asentadas en sus estructuras mentales caducas, está en que pretenden luchar sólo por la salvación eterna de las almas; y, cuando más, dar una limosna insuficiente y, a veces, degradante para la dignidad humana, y así aquietar su conciencia. Pero debían recordar, quienes así piensan, que, "no luchamos sólo por la salvación de las almas en la vida eterna; sino también para que puedan los seres humanos vivir aquí abajo". "Los problemas del Nordeste del Brasil —o de cualquier otro lugar del mundo, añado yo— no se resuelven por la caridad y la limosna, sino atacando las raíces del mal". Porque "hay que combatir el subdesarrollo, la miseria y el caos, que son males mucho más peligrosos que cualquier ideología", es el programa de monseñor Helder Camara; y debemos tener más miedo a que permanezca ese subdesarrollo, esa miseria y ese caos social o económico, en cualquier lugar del globo terráqueo, que a esas ideologías.

En cualquier sitio que haya injusticias debemos combatir las, no sólo con la palabra y la crítica, sino con positivas soluciones llenas de iniciativa valiente, como también pidió Pío XII a las Semanas Sociales de Francia, sin temor a los posibles errores de nuestra parte, porque "la Iglesia está decidida a ponerse de parte de las víctimas de la injusticia" (monseñor Mac Grath), se encuentren donde se encuentren; y si esperamos a la seguridad en acertar, nunca llegaremos a transformar nada eficazmente. E. M. M.

N. de la R.—En el penúltimo párrafo del artículo de Enrique Miret Magdalena «La Juventud en la Iglesia», aparecido en nuestro último número, se realizó una errata de la que queremos dejar constancia: involuntariamente, el linotipista convirtió en mayúscula la «g» minúscula de la palabra «gobiernos». Estamos seguros de que el buen criterio de los lectores ya la habrá subsanado, teniendo en cuenta el contexto en que figura.



MEDIO MUNDO SE AFEITA CON FILOMATIC

...y a nosotras
nos encanta



La calidad FILOMATIC se ha impuesto en: EE.UU., Canadá, Méjico, Australia, Israel, Grecia, Turquía, Escocia, etc. etc.



FILOMATIC: FILO MATEMATICO
con tratamiento de
superduración y suavidad TF4